

Tejidos blandos. Indumentaria y violencia política en Chile, 1973-1990

Pía Montalva

FCE, Santiago de Chile, 2013¹

POR CECILIA SÁNCHEZ

Desde las primeras páginas, el libro de Pía nos hace caer de golpe en espacios desamparados, sin afirmaderas y anestias. Después de leerlo, ya para siempre carecemos de respuestas plausibles respecto del cuerpo, del dolor y de lo que usualmente se entiende por violencia. Las preguntas que se pueden hacer vienen de experiencias crudas y más duras de lo que pudiéramos imaginar, porque nos ponen frente a un mundo de cosas que, como las vendas, las capuchas, las frazadas u overoles, entre otros elementos, rodearon, arrojaron, tocaron, enneguicieron y dañaron a los cuerpos arrancados del espacio público y de sus espacios cotidianos. Tanto para la violencia como para la protección, las indumentarias son interrogadas como materialización en devenir (Butler), en vez de referirse a la materialidad que apunta a significados fijos y sustantivos.

Asumir la perspectiva de la indumentaria para relatar la violencia es uno de los grandes logros del libro, porque al hablar de cuerpos y ropas en el perpetuo desplazamiento establecido por regímenes carcelarios desregulados —al igual que el mercado—, lo que aparece no es el cuerpo, es una práctica corporal y comparecencia social. La funcionalidad desde la que usualmente se asume el vestuario, acá se complejiza, porque se toman en cuenta los materiales que conforman el tejido de la vestimenta, hasta llegar, por contigüidad, a la piel y a los tejidos blandos del cuerpo, es decir, al lugar mismo donde se juega lo *propio* y lo *ajeno*. En esa frontera ya no podemos hablar de cuerpo

¹ Texto leído en la presentación del libro que tuvo lugar el Jueves 17 de octubre de 2013 en el Café Literario del Parque Bustamante.

ni de indumentaria por separado. Aparece, así, el *cuerpo-indumentaria* como una zona gobernada por símbolos, resistencias y significados de protección, último recurso de producción de envolturas, pese al despojo de los objetos así llamados personales –entre ellos, las carteras, las mangas, la ropa interior. Al interrogar de este modo al cuerpo, la violencia ya no es apreciable como una experiencia puramente introspectiva a la que accedemos por el relato de una víctima; ahora es una escena, si me permiten la palabra, porque las capas de la indumentaria propia y ajena, o su falta, exponen una situación o fabrican una materialidad protectora. Al terminar con su detención, muchos de los/as torturados/as o detenidos/as conservan sus ropas como “trofeos de guerra” que reviven la memoria del trauma o para volver a “revestirse” e ingresar en el espacio público.

Asimismo, una venda sobre los ojos codifica al cuerpo de modo diferente a como un velo oculta momentáneamente un rostro. Cuando persiste y no es a modo de protección, la venda es parte de una detención ilegal que evita que el detenido sepa en qué lugar está, en qué hora del día y con quien se encuentra. “Venda” es también la palabra acuñada por los detenidos para hablar de casas de tortura y de interrogatorios, según señala Pía en una de sus notas. Asimismo, la “venda sexy” refiere lugares específicos de tortura sexual. En todos estos casos, la venda es más que un trozo de tela, es una política de la venda que sigue un itinerario de uso, de sentido, de signo en el ejercicio de la violencia y en su padecimiento. A modo de reverso de los vendados, están los “quebrados”, los colaboradores que llevan los ojos al descubierto, lo que los hace advertir lo deplorable de su condición y la de sus compañeros. Cuando sirven de cebo, “porotean” en el espacio público, utilizando disfraces, ayudados por pelucas y lentes de sol que simulan normalidad.

En el contexto de la violencia, es importante mencionar las diferencias de género. Pía menciona que se esperaba de las detenidas un comportamiento sumiso de parte de sus custodios y torturadores; cuando ello no ocurría, se las agredía para remodelarlas e inscribirlas en el género tradicional. A nivel de las marcas, las mujeres exhiben manchas de sangre menstrual en sus pantalones porque no pueden resguardar sus ciclos corporales. Los hombres tampoco sortearon la violación a la que estaban expuestas las mujeres, especialmente quienes fueron tachados de “maricones” a causa del uso de ropas ajustadas que feminizan el cuerpo.

Por otra parte, para conjurar la violencia, las mujeres recurren a parodias y a diversas enviduras en desfiles de modas histriónicas y bailes. Los hombres tienden a la realización de obras de

teatro, coros o música folklórica. La estética de la ropa y sus retóricas son recursos para no perder la distinción, la dignidad, la autoridad o expresar adhesiones y protestas mediante el uso de colores, pese a que para los más militantes los cuidados estéticos significan descompromiso, individualismo o apoliticidad.

De acuerdo a lo dicho, es la experiencia política de la Dictadura la que intenta narrar el libro de Pía Montalva, pero, en vez de la boca o la escritura, la “indumentaria” es la que se hace hablar en los testimonios fragmentados de los detenidos. Aunque no se trata de un habla comunicativa ni meramente informativa –al estilo de los medios de comunicación–, los detenidos reproducen fragmentos de los feroces diálogos mantenidos con sus torturadores, desde una memoria que recuerda restos de imágenes y eventos que nos hacen saber por chispazos de la expulsión de un ser de carne y hueso del mundo o espacio público, de su conversión en un ser “in-mundo”, expuesto a excesivas y descomunales tocaciones, en ocasiones convertido en restos óseos. Aquí también está uno de los sentidos de la indumentaria, pues los andrajos utilizados comparten con los relatos la pérdida de sintaxis y de coherencia, hasta llegar a ser un “resto” equivalente a los restos óseos. A esos restos interroga Pía con detalle, los hace “confesar” el horror de sucesos que pasan de lo extraordinario a lo rutinario en una temporalidad incierta, como señala Ossa en el Prólogo.

Siguiendo con el ejemplo de la venda, este material se vuelve maldito en sus detalles y cambios infinitos de signo porque, si bien es universal en su denominación, en su materialidad es distinto cada vez, ya que puede ser huincha, esponja o tela acompañada de cordeles o pitas que empaquetan y amarran el rostro, a la par que lo agreden. Lo mismo pasa con la capucha, pues no es lo mismo la de toalla que la de moletón, así como la de sacos de dormir militares que se usan para cubrir los rostros de los cadáveres. Del lado policial o del colaborador, también figura el encapuchado, “figura fantasmal”, cuyo disfraz protege su identidad para reconocer militantes de izquierda. En el caso de las frazadas, tenerlas o no tenerlas hace la diferencia entre la vida y la muerte. Como se sostiene en uno de los testimonios, la frazada es la metáfora materna de la sobrevivencia, de ahí que la violencia en este caso se expresa en el escamoteo de este bien que ampara al desprotegido. Ya como colchón, como camilla, como almohada o como cobertor, organiza el espacio; agrupa socialmente los cuerpos obligando a reglamentar su convivencia, ya que ayuda en la espera infernal antes de comparecer ante el torturador, a la par que permite la intimidad en los espacios de hacinamiento.

Como puede advertirse, la ropa participa del ingreso del cuerpo en otro reparto que ya no es el del mundo, para lo cual se vale de una *tecné* que le otorga al cuerpo suplementos o prótesis para ingresar a un afuera gobernado por reglas policiales a las que cabe resistir. Tenemos, entonces, la producción de un cuerpo impropio, no porque alguna vez el cuerpo hubiese sido nuestro, sino porque la apropiación policial del cuerpo lo inviste o lo reencarna unilateralmente; es decir, sin nuestra voluntad: es el caso del overol o buzo y las alpargatas que uniformizan el cuerpo en ciertos lugares de detención.

También para escapar de la detención, el cuerpo de los militantes se camufla para protegerse, ya bajo el estilo ultra femenino en el caso de las mujeres, ya bajo estilos específicos al lugar por donde se circulaba, o bien mediante el uso de ropa importada valorada por el neoliberalismo del período. En este sentido, el cuerpo no se encuentra solo o desvestido; es un “cuerpo-indumentaria” que circula con camisas o pantalones ensangrentados y piel marcada con cigarrillos y sopletes. Repito, esta es la unidad dual que trabaja el libro de Pía, la que puede entenderse como una “producción material”, un estilo corporal; suerte de archivo personal de la ropa convertida en coraza por la suciedad allí donde se pierde hasta el nombre.

Esta es la difícil tarea a la que se aplica Pía en su libro, allí donde ya no hay huellas físicas lee otro tipo de marcas de la violencia. La atenta lectura de la moda de prendas específicas y los modos del vestuario epocal y sus significantes hacen posible este libro. Sin este saber sobre la moda y sus formas de producción, este libro carecería de los códigos del cuerpo-indumentaria, de los significados de lo público y lo privado, de las diferenciaciones entre hombres y mujeres, según la época.

Para terminar, me resta decir que con este libro Pía Montalva abre una nueva área de saber y de mirada micro-política; atenta a concepciones menos naturalistas del cuerpo y más orientadas a las prótesis y las retóricas del cuerpo que a los hechos, funciones y sucesos. Se trata de un saber fronterizo entre pensamiento y relato que lee gestos y materialidades menores, signos y símbolos que le dan la relevancia que precisa un término tan amplio y confuso como el de la violencia.